

La lixiviación cultural del hombre y el desierto (1830-1930): la transformación del desierto en pampa y del enganchado en pampino*

Sergio González Miranda**

Introducción

El territorio que actualmente en Chile se denomina Norte Grande, como la novela de Andrés Sabella, y que corresponde a los desiertos de Atacama y del Tamarugal, ha tenido y tendrá muchas interpretaciones en su larga historia, aquí nos referiremos a una. Hemos empleado el término “lixiviar” parafraseando el concepto utilizado en la elaboración del salitre, porque de igual modo como el caliche después de un proceso de disolución, empleando agua hirviendo, de las sustancias que originan el salitre, éste se cristaliza al sol para después fertilizar los campos productivos del mundo, también el hombre del desierto sufre un proceso de disolución de su cultura de origen, emergiendo desde su interior un habla, una organización, un habitar y un laborar que bajo el sol cristaliza una nueva identidad: el ser pampino.

Los caldos sobrantes en la cristalización del salitre o aguas que se evacúan después de precipitado el salitre cristalizado, se denominan aguas madres o viejas, y tienen por finalidad volver al ciclo de operaciones para disolver nuevas sales. De igual modo, los pampinos ya fogueados en las faenas de extracción, elaboración, transporte o maestranza, vuelven diariamente a las jornadas de trabajo a formar a los nuevos pampinos, sean jóvenes nacidos en los campamentos o enganchados llegados desde otros ambientes. Estos hombres recién llegados son transparentes como el “agua del tiempo”, aquella recién extraída de los pozos para ser destinadas a la lixiviación. Cuando esas aguas viejas van y vuelven después de precipitar el yodo, se denominan “aguas febles”. Es decir, esta agua cumplió una labor química distinta, igual como lo hacían los pampinos que (no eran obreros particulares) trabajaban en los calderos, en las casas de fuerza, en la casa de yodo, en la pulpería o en la administración.

Como el salitre que recorrió el mundo fertilizando territorios cansados, también la fama del pampino recorrió el mundo; con su solidaridad, su sacrificio y su organización fue ejemplo para otros obreros del país y del extranjero. ¿Cómo surgió este sujeto social denominado pampino? El pampino (salitrero) no fue un sujeto originario del desierto. El pampino fue un desarraigado que se vio arrojado al desierto: incluso hay una fecha fundacional de esa vinculación entre el hombre del salitre y el desierto de Atacama (incluyendo en esta denominación a Tarapacá): 1810¹. Antes de esa fecha no hubo explotación salitrera del tipo que se reconoce como parte del ciclo del salitre, incluso podríamos retrasar esa fecha y ubicarla en 1830², considerando los primeros embarques de nitrato. No solamente una fecha es definible en el fenómeno salitrero, también lo es el lugar donde emerge: un territorio al interior del puerto de Pisagua, más específicamente en Zapiga, Pampa Negra, Matamunqui y Negreiros. Allí se produjo la primera colisión entre desierto y hombre.

Podemos definir esa transformación ontológica del hombre de Zapiga, Matamunqui, Pampa Negra y Negreiros como «empampamiento». El sujeto que se empampa en el desierto se pierde en su interior y muere, quedando de él, a veces, una mancha negra que con los años pierde nitidez hasta que la arena la absorbe completamente. Eso ocurre con el empampamiento físico de aquel sujeto que no logra comprender al desierto y es asesinado por éste. Empero, en el empampamiento cultural el sujeto logra sumergirse en el desierto, descifrarlo, conocerlo y amarlo, sufrirlo y respetarlo, en una simbiosis donde el uno se asimila en el otro y viceversa. El desierto también sufre ese empampamiento, deja de tener una referencia masculina para transformarse en femenina: pampa. Y el hombre de Zapiga, Matamunqui, Pampa Negra, Negreiros y de tantos otros lugares que comienzan a integrarse a este fenómeno social y económico, desde Pisagua hasta Taltal, se transforma en pampino.

Antes del pampino hubo otros sujetos que trabajaron en el desierto, especialmente los mineros de la plata, pero la forma de trabajo (piques y galerías) y el tipo de minería (metálica), no se asemeja. Incluso las vetas de argentíferas se ubican en los cerros y no en la amplia explanada calichera. El salitre como mineral no metálico destinado al abono de tierras agrícolas, se aproxima a la minería, por un lado, y a las guaneras, por otro. Por lo mismo, es diferente a todo tipo de minería conocido, más aún si consideramos que salitre en cantidad industrializable sólo se ha encontrado en el desierto de Atacama.

El desierto se presentó a los primeros cateadores y emprendedores como una cosa (ente) “a la vista”, y ellos lo transformaron con los años en un “desierto a la mano”, cuando hubo un habla pampina, cuando surgieron las primeras herramientas especializadas, cuando lo habitaron y recorrieron, le pusieron nombres a cada lugar y construyeron rutas y tambos. De ese modo el desierto se fue desplegando frente a un hombre y el hombre se disolvió en él, porque el hombre era también naturaleza.

El asombro fue el estado de ánimo de estos primeros forjadores (y también de los que les seguirán), en dos acepciones, a saber: como temor o susto y como “hacer sombra u oscurecer algo”. El temor es al desafío del árido e inmenso desierto que podía asustar, incluso desafiar con la muerte física. El desierto por el desafío que ofrecía, el impacto a los sentidos, oscurecía cualquier experiencia anterior o la mezclaba para opacarla. El desierto echa sombra sobre toda la existencia anterior del sujeto, transformándolo. Pero, a su vez, el sujeto echa sombra sobre el desierto, se apropia de él, especialmente cuando lo habita, lo construye. Quien ha estado en el desierto con el sol en el cenit sabe lo que significa una sombra: ella reconcilia al sujeto con el entorno, invita al descanso, a la reflexión, al pensamiento, a lo humano.

Lo interesante es que en pocas décadas lograron descifrar lo que era el caliche y el salitre, cómo descubrirlo, extraerlo y lixiviarlo. No había tradición, ni había generaciones anteriores, tampoco había un habla especializada, ni siquiera las herramientas y menos la máquina de elaboración. Desde la “olla del indio” a las “paradas” hubo un rápido paso frente a la necesidad de exportar el nitrato. De las paradas a la máquina hubo un proceso más lento de desarrollo, que demoró algunas décadas y de ésta al sistema Shanks. El pampino era un desarraigado, obrero o patrón, que no llegó al desierto cual “tábula rasa”, sino que trajo sus tradiciones, saberes y lenguajes. Algunos fueron de esos conocimientos fundamentales para el desarrollo de la minería del nitrato y otros lo dificultaron. Empero, este hombre desarraigado, a veces a gusto o disgusto, debió enfrentarse al desierto, primero, y si decidía quedarse, sumergirse en él. Frente al desierto no es posible “empamparse a medias”.

La demistificación del desierto le significó décadas al hombre de Zapiga, Pampa Negra, Matamunqui y Negreiros. El desierto se presentó a este hombre como un territorio vacío, no habitable, como un no-lugar para la vida. Sin embargo, el hombre como un habitante por antonomasia, lentamente, inició la hazaña, demostrando que el más seco de los desiertos del mundo era un lugar habitable y amable. Para ello, debió incorporarlo a su habla cotidiana y construir las primeras viviendas, todas de costra otorgadas por el propio desierto, que dejaba de ser lo que era. Empero, en esa acción el hombre también cambiaba, no solamente como trabajador y habitante, sino en su ontología, surgía desde el desierto mismo un sujeto diferente. Allí bajo el sol el hombre enfrentó al desierto en soledad y el desierto acogió al hombre con todos sus recursos de disuasión: la húmeda camanchaca, el frío de la noche, el calor sofocante del sol, los colores grises de sus laderas, la dureza de sus costras, la inmensidad, los espejismos y remolinos del diablo. Pero, la soledad hace meditar al hombre, le abre su creatividad, transforma el asombro en ideas y el miedo abre todos los sentidos.

El desierto antes del hombre de Zapiga, Matamunqui, Pampa Negra y Negreiros, era un contenedor o continente, una especie de útero del que hay sólo mineral, posiblemente muchos salitreros lo siguieron viendo así y de ese modo lo ven los actuales empresarios y trabajadores del yodo. Fue el desierto, a partir de 1830, un útero fecundo que parió al pampino. Y ese hombre fue quien transformó al desierto en pampa, en una hipóstasis de la praxis. Guillermo Billinghurst nos solicita que nunca olvidemos a los nombres que él registra como los primeros pampinos salitreros, a saber: Don Estevan Vernal, Don Benito Calla, Don Manuel Hidalgo, Don José Jacinto Plaza, Don Manuel Arias, Don Vicente Granadino, Don Mariano Vernal, Don Bacilio Carpio, Don Atanacio Tinaxas y Doña Ana Vilca.

Observamos varios indígenas y una mujer, indígena por añadidura. En Antofagasta conocida es la figura de Juan López, el chango López. Mariano Latorre escribió sobre él: “Había en López un inagotable

espíritu de acción. De las mejores substancias de nuestra raza estaba formado. Fuerza física y entereza constituían sus características de luchador. La adversidad no lo amedrentó jamás (...). Y además un soñador, enamorado del desierto, que ponía alas a su dinamismo siempre activo” (Latorre 1983: 89). Estas palabras podrían hacerse extensivas a todos los primeros pampinos.

¿Cuáles fueron los motivos de estos primeros pampinos? Para ellos y para los que vendrán, la llegada al desierto siempre tuvo un denominador común: se enmarcaba en un proyecto de futuro. Este proyecto pudo ser el de los empresarios que lo miraban pensando en el mercado internacional del nitrato, o ser el de los más sencillos peones que se aventuraron en busca de una vida mejor o, como muchos, para ganar plata y volver a sus hogares de origen; empero terminaron quedándose. Nadie llegó al desierto sin un propósito. Todos, de un modo u otro, hasta los más aventureros, llegaron con un propósito de futuro. Nadie opta por el desierto sólo por resignación, para ello están los puertos, los valles, el campo y las ciudades. Por tanto, desde el principio el sujeto que se “empampa” tiene plena conciencia del futuro (el propósito que le motiva a “estar” en el desierto) pasado (lo dejado atrás), del presente que le da en la cara con el calor y el frío extremos. Ese propósito que le llevó a **estar** en el desierto, con el proceso de empampamiento ya explicado termina transformado en un **ser** en el desierto.

Los proyectos de futuro individuales, que en promedio son muy parecidos, con el tiempo se enmascaran u ocultan con un propósito comunitario y definido por la organización social, cuya mirada no es el desierto sino el Estado y la industria. Con el paso del tiempo, cuando la técnica comienza a separar al hombre de la naturaleza, el desierto vuelve a ocultarse frente a la mirada del sujeto. Felizmente para el pampino, el avance de la tecnología, especialmente en la extracción del material (del caliche) fue lento. Recién en 1853, Pedro Gamboni introdujo un nuevo procedimiento en la elaboración del salitre mediante el empleo del vapor de agua, reemplazando la cocción a fuego directo. Será entre 1876 y 1878 cuando se experimente con el sistema de elaboración Shanks, por iniciativa de don James Thomas Humberstone, generando una gran expansión de la producción de nitrato.

Para entender la magnitud del fenómeno podemos afirmar, con Manuel Fernández, que la producción de salitre entre 1830 y 1929 alcanzó la cifra de más de 82 millones de toneladas, las que se distribuyeron por más de 40 países; especialmente Alemania, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Italia y España, quienes fueron los mayores importadores del fertilizante. (Fernández: 275-290).

La libertad creadora: el particular

“Nadie conoce sino yo la emoción de decir mis versos en la más abandonada salitrera y ver que me escuchan, como tostadas estatuas en la arena, bajo el sol desbordante, hombres que usaban la antigua ‘cotona’ o camisa calichera”.

Pablo Neruda

El pampino fue un enganchado o un aventurero. En uno u otro caso, siempre fue un sujeto que se sintió desarraigado y libre. Siempre tuvo conciencia de su temporalidad, porque los campamentos eran temporales y las faenas también lo eran; porque no tenía contrato sino más bien trabajaban a trato o destajo. Eran particulares, laboraban a conciencia y según sus necesidades. Los sujetos que llegaron a la pampa salitrera traían consigo tradiciones (que ocultaban su verdadero ser), pero que allí no les eran útiles de modo inmediato. La pampa era como un espejismo, pues no parecía real en los primeros días, después la cultura que se traía comenzaba a ser el espejismo.

Un peón del campo chileno, un indígena pastor del altiplano u otro agricultor de valles, un obrero de la gran ciudad, un marino de ultramar, un chino cantonés, un agricultor de Dalmacia, un gaucho argentino o quien sea, debía dejar la mochila de sus saberes para entender primero lo que tenía delante de sus ojos. El desierto, primero, y la pampa, después, obligaban al recién llegado a reflexionar, a cuestionarse tanto su entorno como su propia vida. En la medida que el desierto fue transformándose en pampa se necesitó cada vez menos de ese reflexionar, la interpretación estaba más “a la mano”. Algunos elementos se conjugaron en la pampa salitrera para que resultara un tipo particular de sujeto. En primer lugar la llegada de hablas distintas e incluso lenguajes diferentes, que aportaron, de un modo u otro, sus interpretaciones de la realidad. La cosmovisión andina, por ejemplo, pudo no ser dominante en el discurso público del pampino, pero estaba

presente en las interpretaciones de la vida cotidiana o en las expresiones culturales populares religiosas.

Difícilmente sujetos venidos desde el campo, de valles precordilleranos, desde pequeños poblados rurales o de grandes ciudades, iban a incorporar al desierto como una pátina identitaria. Se vieron compelidos a interpretar al desierto, alejarse de la interpretación conocida, donde el desierto es vacío, sin vida, sin flores³. Solamente frente a la crisis asocian la pampa al desierto en su acepción tradicional, como sucedió con la derrota obrera en 1907. El desarraigo de sus lugares de origen: el campo del sur chileno, el valle de Cochabamba, el ayllu del altiplano, el puerto o el barrio de la gran ciudad, les hizo tomar conciencia de la ruptura, de la muerte simbólica y ello, una vez más, enfrenta al sujeto con su temporalidad y precariedad. A. de Guafra, ofrece una imagen del enganchado: “Y sigue el desfile, interminable, pintoresco y triste. Los rechazados miran lánguidamente, tristemente, a los que se van. Y los que se van, miran olímpicamente a los que se quedan” (de Guafra 1917: 47).

Ese viaje donde la esperanza es superior a la seguridad del hogar, donde la necesidad es mayor que la duda, el enganchado en cierta forma quemaba las naves al partir al desierto. El recién llegado nunca pretendió trascender en el desierto, pero terminó haciéndolo como, quizás, jamás lo hubiese realizado en sus lugares de origen (especialmente en el campo, la sierra y el altiplano), gracias a la sociedad que surgió en el desierto, y en particular a la organización obrera. El desierto no parecía “a primera vista” como el lugar para vivir toda la vida, pero una vez aceptado y conocido “a primera mano” duró toda una vida. El ciclo del salitre se prolongó por más de un siglo y medio. Así como el hombre en el desierto toma conciencia de su soledad y precariedad frente a la naturaleza, el enganchado toma conciencia de su desarraigo y sobre todo de su libertad.

El trabajo en el desierto era un duro desafío, que fue denunciado insistentemente en los pliegos obreros (Vgr. Memoriales de 1904, huelga de 1907, visita parlamentaria 1913, etc.), como decía de Guafra: “No se necesita en el Norte a oficinistas, ni mayordomos, sino a gente que sepa agarrar un barreno o cargar un saco (1917: 43)”, pero también fue una oportunidad de tener una relación directa con el desierto, basado solamente en su libertad y conciencia. Los “particulares”, la gran mayoría de los trabajadores, trabajaban a destajo o trato, es decir no eran jornaleros. “El particular trabaja en la pampa al aire libre, sin abrigo de ninguna especie, sufriendo en verano los ardientes rayos del sol y en el invierno los cruentos rigores del frío intenso” (de Guafra 1917: 47). A José Santos González Vera un trabajador sureño convertido en pampino le contó que “vio –a pocos años de su llegada a la pampa– descargar en la oficina unos fardos de pasto. Todo fue verlos, abatirse sobre ellos y prorrumpir en sollozos” (Bravo 1983:22). Empero, con los años el desierto empampó a los que se quedaron.

En momentos de tragedia surgía a veces esa nostalgia por el hogar abandonado y el terruño desarraigado comparándolo con el desierto haciéndolo sinónimo con la pampa, cuando en el espíritu no lo son:

“Canto a la pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste
ni en lo más bello de la estación;
donde las aves nunca gorjean,
donde no crece la flor jamás,
donde riendo nunca serpea
el arroyuelo libre y fugaz”.⁴

Fue definitivamente diferente la relación entre el obrero pampino –específicamente el particular– con el desierto, de la que establecían los ingenieros e incluso los propios obreros cuando comenzaron a trabajar en cuadrillas organizadas por la empresa, en los años posteriores a la gran crisis salitrera. Los ingenieros, después que recibían del cateador la información sobre los lugares ricos en caliche, cuadrículaban el desierto y lo dinamitaban. Para la empresa el desierto era un objeto, manipulable, dividible, explotable, sin darle nada a cambio. El particular en cambio, trabajaba con sus manos, pasaba gran parte del tiempo en la calichera, incluso, a veces, llevaba a sus hijos o a su mujer para que lo ayudaran en la faena. Conocía las grietas del caliche, su color, su ley, su sabor.

El pampino no se enfrenta al desierto con una actitud científica y menos en una actitud reflexiva desde fuera, al contrario, él se ve introducido a la calichera como en un útero nutricional, donde en la primera aproximación lo ve seco y estéril, pero después con los años comienza a conocer la calidad de las “patas de caliche”, sabe cuando ha estado de suerte o le tocó una mala calichera. El pampino es calichero, porque trabaja en la calichera como en un habitat cotidiano, allí conversa, descansa, reflexiona, como diría Neruda “deja la huella de sus manos marcada en el barreno, en el macho, en las costras de caliche”, pero no es “calichera” la denominación esencial. El es “pampino” porque está inmerso en la pampa, pertenece a ella, que es el referente espacial más amplio y abstracto. Los otros espacios, el campamento, el cantón, tienen límites menores y son más concretos.

El pampino humaniza al desierto con sus palabras, cuando esa tierra que expuesta en el escenario de la vida parece sin vida, comienza a humanizarse cuando el hombre habla de ella, pero no desde fuera sino desde dentro, cuando descubre la coba, la chuca, el caliche; cuando conjuga los sustantivos como verbo. El desierto despierta al mundo no con el tiro de dinamita, sino cuando el hombre lo habita, lo camina, le extrae el caliche. La violencia del tiro es compartida entre el obrero y el desierto. El mayor temor del obrero era un tiro echado o dormido que reventara atrasado. Muchos quedaron inválidos producto de estos tiros, terminando como costures en las canchas de acopio. También los tiros arrebatados, los que no obran bien y esparcen el material, eran peligrosos. He allí el necesario aviso “¡Tiro grande corriendo!” o “¡Con fuego!”, tenía por objetivo poner al obrero a salvo de un acto de violencia extrema.

El accidente en el desierto fue parte de la vida cotidiana: el tiro echado, el cachucho hirviente, el aire enrarecido de la cueva, los chanchos trituradores, etc. Hubo una visión trágica del mundo. La violencia fue un rasgo característico: el desafío de los guapos, el suicidio con dinamita, el uso corriente de armas blancas y de fuego, la manda flagelante a la virgen y la masacre obrera. En cierta forma también la violencia evoluciona desde aquella propia del guapo de la oficina a la violencia de Estado, mientras se avanza en el ciclo del salitre; por ejemplo surge la violencia policial, la xenofobia (violencia contra peruanos y bolivianos), la violencia patronal. La violencia política también separa al sujeto de la naturaleza, obligándolo a ser no sólo pampino sino proletario, chileno, comunista, mancomunado, etc.

La visión trágica no es exclusiva del desierto o de la pampa, porque trágicas eran las visiones del mundo de los sujetos amalgamados en el territorio salitrero, especialmente indígenas y campesinos. No pasaría mucho tiempo, cuando el pampino ya organizado socialmente en mutuales, sociedades de resistencia y partidos políticos, asoció esa visión trágica a la pampa y a su condición de proletario:

(extracto)

“Soy el obrero pampino
por el burgués explotado;
soy el paria abandonado
que lucha por su destino;
soy el que labro el camino
de mi propio deshonor
regando con mi sudor
estas pampas desoladas;
soy la flor negra y callada
que crece con mi dolor.”

En este poema llamado “*El copihue negro, la flor de la pampa*”⁵, asocia la belleza más esquiva del desierto (la flor) con la tragedia. El pampino es desgraciado porque se le niegan las flores de colores y porque es explotado por el patrón.

Empero, lo que le falta a la naturaleza el hombre lo suple con la cultura: he allí las famosas flores de papel, de lata y de loza, que verdecieron los cementerios de la pampa. El pampino tuvo plena conciencia del habitat el desierto, principal acto humano en la transformación de éste en pampa, y tuvo conciencia de él como habitante, porque en la ciudad la habitabilidad está tan “a la mano” que no hay conciencia plena de ella, es como natural. En cambio, en el desierto hay que luchar y sufrir por habitarlo. Quizás por ello, en los cementerios son casas de lata las que construyen como testimonio para sus deudos, junto a las flores de papel.

El habitar: el campamento

Los primeros campamentos salitreros fueron muy precarios, pequeños y estaban unidos a la planta de elaboración. Las viviendas eran de costra salina, que se mimetizaban con el paisaje, desde donde era extraído este material a la mano. En ningún caso fueron menos acogedoras que las viviendas de los grandes campamentos de calamina (zinc), introducidos por los patrones ingleses, quienes por cierto habitaban altas casas de madera. La calamina fue un azote en el desierto para los obreros: fría de noche y tórrida de día, aumentando los ya muy extremos cambios de temperatura del desierto. Estos pequeños campamentos de la época de las paradas, tan cercanos a la naturaleza misma, hechos de costra, cañas, cueros de llaños, escasa madera, pisos de tierra, todavía pueden reconocerse en medio de las calicheras; en cambio, los grandes campamentos fueron depredados y desarmados rápidamente. Lo mismo aconteció con las plantas de elaboración.

Las plantas de elaboración, en la medida que fueron creciendo y aumentando su complejidad técnica en la elaboración del salitre, también alejaron crecientemente al pampino de la transformación del caliche en salitre, el misterio que conocían en detalle desde la lixiviación en la olla del indio. Cuando se pierde el sentido de totalidad de este proceso, se oculta el objetivo del trabajo y se enajena, especialmente a partir del sistema Shanks modificado y del Guggenheim.

Los grandes campamentos, organizados, con espacios bien limitados entre obreros y patrones, con muros periféricos, con guardias y jefes de población, con sus casas para solteros y casados, alejaron al pampino de la naturaleza y le quitaron parcialmente su libertad. Sin embargo, el pampino pudo también organizarse y crear los espacios de habitabilidad que le permitieron pensar la pampa, como la filarmónica; proteger sus vidas, como las mutuales o mancomunales; sus intereses, como los gremios y sociedades de resistencia; etc.

Heidegger señalaba que “sólo si tenemos el poder de habitar, podemos construir. Por tanto, el habitar es el rasgo fundamental del ser. Del mismo modo el pensar pertenece al habitar”. (Heidegger 1994: 120). La pregunta es si los campamentos fueron el espacio que le permitió al pampino “habitar el desierto” y, por añadidura, pensar. El campamento fue sólo parcialmente un referente de estabilidad y habitabilidad, no tanto por el campamento mismo, sino por el tipo de contrato establecido en la industria del salitre que obligaba al pampino a moverse de un campamento a otro constantemente, incluso de un cantón a otro. Esa movilidad fue también un acicate a la libertad. Empero, como habitante, este sujeto necesitaba de un referente espacial que le hiciera sentir parte de un mundo, de una morada. Ese espacio fue la pampa. La pampa no estaba cercada como el campo ni tenía un radio urbano, era amplia pero poblada por cientos de oficinas, campamentos, pueblos y estaciones de ferrocarril que le daban un perfil urbano al desierto.

En la *Carta sobre el Humanismo*⁶, Heidegger, señala “el habla (la palabra) es la casa del ser. En su morada habita el hombre”, de allí la importancia de los pensadores y de los poetas. La presencia tan significativa de poetas obreros suele entenderse como un efecto de la cultura ilustrada que caracterizó a los obreros del salitre, y no como una necesidad de interpretación de una realidad que presionaba por esa morada. La existencia de un habla pampino no puede extrañar si comprendemos esta necesidad del sujeto por transformarse en un habitante de la pampa, y no meramente en un dominador del desierto. El hombre que comprendió el desierto fue el cateador, diferenciado del ingeniero que lo explicó científicamente. Uno reconoció el caliche y el otro lo transformó en nitrato.

Catear, hablar y extraer...

“Yo soy el cateador, hombre de cuatro rumbos y cuarenta cóndores despiertos
en medio del instinto”.
Andrés Sabella

La acción del hombre en el desierto comienza con “el cateo”, que no es otra cosa que el

reconocimiento de los terrenos salitrales. Esta acción requería de un hombre conocedor del desierto a tal punto que guiado por ciertas manchas podía saber la cantidad e incluso la calidad estimada de caliche en el subsuelo. El “cateador” entonces fue el primero que le devolvió la dignidad al desierto entre los hombres, al conducir a éstos hacia sus entrañas. Los condujo no solamente a través de la acción técnica que era orientar el lugar donde se debía hacer la “taza” o cavidad labrada en la coba para colocar el tiro de dinamita, con el propósito de remover el terreno salitral; en esta acción violenta ya no participaba el cateador. A veces, el cateador para asegurar su diagnóstico requería de una acción violenta también, eran las “catas”, tiros pequeños para reconocer y remover la masa calichosa. Una vez terminada la faena del cateador, había que remover el terreno calichoso, para lo cual se utilizaban los tiros ⁷. Es interesante que en las faenas posteriores al cateo se empleaba a niños porque se aprovechaba su contextura para la colocación de los tiros, así como en casi todas las faenas de la pampa, se iniciaba el aprendizaje laboral.

El cateador era en definitiva un obrero (a pesar de la importancia de su oficio no era considerado empleado, especialmente por su extracción social) que recorría las pampas con una lámpara a carburo cuyo chisporroteo de la llama, al polvillo de caliche, indicaba la calidad del manto. El cateador debió, en cierto modo, descifrar el desierto, no con una actitud de dominio ni de contemplación, más bien se produjo una simbiosis entre ambos. El desierto sin el cateador no era entendido y el cateador sin el desierto era un peón más. El cateador realizó una exégesis del desierto, al descubrir sus señas y secretos. Posteriormente, lo transmitió a otros sujetos que no necesariamente tuvieron su mismo estado de ánimo o propósito con el desierto. El saber que implicaba este oficio es notorio y sólo fue posible con hombres que se introdujeron en los secretos del desierto, no con un propósito de dominio sino de integración a su vida cotidiana y a su lenguaje ordinario⁸. El cateador debió dormir muchas noches en el desierto, enterrado en la “chuca” para capear el frío, y debió soportar el sol del mediodía. El cateador fue un empampado que no sólo sobrevivió al desafío, sino que se enamoró del desierto.

Con el paso de los años, el ingeniero reemplazó al cateador, la comprensión y la intuición, dio paso a la explicación y al cálculo. Todo el terreno se cuadrículaba y se dinamitaba a gran escala. La técnica reemplazó al hombre. Los camiones y el ferrocarril a las carretas, las palas mecánicas a las manos callosas y a las palas personales, las perforadoras al barreno. Paso a paso, año tras año, la tecnología distanció al sujeto del desierto. Por otra parte, también hubo más reglamentos, turnos, suples y salarios, contratos de trabajo, faenas en cuadrillas: la organización le quitó al sujeto su libertad. Sin embargo, la ingeniería y la tecnología no evitaron la imprevisión: por ella se perdió la batalla frente al salitre sintético (Hosbawn 1918).

La tarea del cateador era intuir dónde estaba el caliche, y la tarea del particular era extraerlo. Lo importante es que ambos sabían que en el caliche descansaba el salitre, el cual no se relevaba sin antes una labor química más compleja, la lixiviación, complejidad que ocupó la preocupación del hombre en todo el ciclo del salitre: cómo lixiviar con eficiencia y bajo costo. Mientras hubo cateadores y particulares, el desierto, la pampa, fue una extensa morada; con los ingenieros el desierto fue una gran mina con un mineral no metálico llamado salitre.

Conclusiones

El pampino, en definitiva, fue un ser en un desierto construido durante el siglo XIX, cuya hipóstasis le definió como “pampa”, y deconstruido en el siglo XX con la técnica, la organización espacial y social. A fines del siglo XX el desierto, a pesar que conservó su nombre “pampa”, dejó de ser el mismo. Otras hipóstasis han iniciado su construcción. La deconstrucción aquí es entendida como el alejamiento del sujeto de las interpretaciones originarias del desierto en el siglo XIX, cuando éste se les presentó a los pioneros y a quienes les continuaron en toda su naturaleza. Después los pampinos ya estaban **en** un desierto ya interpretado, con un habla a la mano, con una técnica a la mano, con una organización a la mano, con un habitar a la mano, etc., todo lo cual, lo enajena y le impide ver el desierto en su naturaleza, pues sólo ve pampa.

Los pampinos que vivieron en las salitreras y que aún perviven en las ciudades, especialmente en los puertos del Norte Grande, en los pueblos del desierto y en otros lugares, han elaborado una comunidad imaginada, donde la pampa sigue estando en sus mentes y ellos siguen viviendo por ella. El pampino fue un

ser ahí, en el desierto, y sólo ahí, fue ese espacio el que les definió su identidad, su pensamiento y sus tradiciones. Único e irreplicable. Mario Bahamonde señala que “el nortino es hijo de la aventura y no de la tradición” (1973: 5). Eso fue válido para los pioneros pero, a partir de ellos, se construyó un habla (González 2000), una tradición laboral, técnicas y tecnologías, asentamientos humanos, vida cotidiana, una visión de mundo, organizaciones sociales, hábitos y costumbres, etc.; en otras palabras: tradiciones. Aquellas que identifican al ser-pampino y al desierto-pampa en todo el mundo.

Bibliografía

- Bahamonde, Mario, *Pampinos y salitreros*, Ed. Quimantú, Santiago, 1973.
- Bermúdez, Óscar, *Breve historia del salitre*, Ediciones Pampa Desnuda, 1987.
- De Guafra, A, “Impresiones de un enganchado” (1917) en Bravo, Pedro, *Los “enganchados” en la era del salitre*, LAR, Madrid, 1983.
- Hobsbawn, I.B. (1918), “La ciencia y el porvenir de la industria salitrera” en *El Mercurio de Valparaíso*, junio 10, 14 y 21, Valparaíso.
- González Miranda, Sergio (2000), *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*. LOM, Santiago.
- Fernández, M. (1983), “La economía chilena ...” en *Los “enganchados” en la era del salitre*, op.cit.
- Heidegger, Martin (1994), “Construir, habitar, pensar...” en *Conferencias y artículos*, Odós, Barcelona.
- Latorre, Mariano, “Notas de la costa norte”, en Bravo, Pedro, *Los “enganchados” en la era del salitre*, op. cit.

Notas

* Este texto forma parte de un proyecto de Fondecyt N° 1020719.

** Sociólogo, Magíster en Desarrollo Urbano-Regional de la Pontificia Universidad Católica, Doctor en Educación de la Universidad de la Academia de Humanismo Cristiano. Investigador del CIHDE de la Universidad Arturo Prat de Iquique.

¹ Desde 1810 a 1812, se implantaron en las pampas salitreras de Negreiros, Pampa Negra y Zapiga (Tarapacá), siete u ocho oficinas de elaborar salitre, llamadas Paradas, según el sistema que se dedujo de las explicaciones del sabio Tadeo Haenke.

² A mediados de 1830 el salitre fue comprado en Francia y Estados Unidos, casi enseguida en Inglaterra y más tarde en Alemania, Italia y otros países europeos. El comienzo de la exportación de salitre al Viejo Mundo marca el hito más importante en la historia de la industria salitrera. Cf. Óscar Bermúdez, *Breve historia del salitre*, Ediciones Pampa Desnuda, 1987.

³ **Sertum** en latín es corona de flores o de hojas. **Desertus** o **desertum** es inculto, silvestre.

⁴ Este poema, llamado “Canto de Venganza”, pero después popularizado como “Canto a la Pampa”, fue un canto de dolor por los sucesos de Iquique del 21 de diciembre de 1907. Fue escrito por Francisco Pezoa y se cantaba con la música de “La Ausencia”.

⁵ Diario *El Socialista*, Antofagasta, junio 16 de 1917, el autor se firma E.R., ¿será Luis Emilio Recabarren?

⁶ Heidegger, Martin, *Carta sobre el humanismo*, Editorial Universitaria, Universidad de Chile, Santiago, s/a.

⁷ Veamos algunas variaciones del término “tiro”: (a) “tiro arrebatado”: tiro que no obra bien, esparce el material (S.G.); “tiro de cateo”: al cañón en que se coloca la pólvora en un trozo de cañería. (C.A.); (c) “tiro echado o dormido”: tiro que no explotó y quedó en el terreno (S.G.); “tiro grande corriendo”: grito de aviso que dan los barreteros después de encender la guía. (A.B.)

⁸ En el sentido que le da Dilthey.